

La mentalidad

del conquistador español
en las crónicas
de Nueva España

*un estudio de Alberto Baena Zapatero**



*Alberto Baena Zapatero,
estudiante español
de intercambio en la
Licenciatura en Historia de la
Universidad de Guadalajara.
albertobaena@hotmail.com

Lo primero que quiero dejar claro es que nos vamos a referir a la primera fase de la conquista de Nueva España, la que se desarrolla principalmente a lo largo de la primera mitad del siglo XVI y que abarca el territorio de lo que se ha dado en llamar Mesoamérica, ya que la conquista del Nuevo Mundo es un proceso muy largo en el cual van a ir cambiando sus circunstancias y sus protagonistas.

Esta primera conquista a la que nos vamos a referir y los hombres que participaron en ella, son algo más complejos de lo que tradicionalmente se ha venido pensando: no fue sólo el deseo de riquezas lo que movió a los españoles a dejar su tierra y sus familias, a atravesar tierras inhóspitas habitadas por población hostil a riesgo de la propia fortuna y, lo que es más grave, de la propia vida. Las motivaciones fueron más amplias y complejas, no hay una respuesta simple y única, sino un conjunto de factores interdependientes que actuaban a la vez en la mente del conquistador.

Los españoles que fueron a la conquista de lo que luego se llamaría Nueva España no se habían educado en un limbo cultural, sino que cargaban sobre sus espaldas todo un bagaje de tradiciones medievales peninsulares que marcaron su comportamiento en América. Por un lado, tenían una herencia oligárquica, reforzada en la frontera, que les «inculcaba los valores militares e individualistas de la experiencia, el oportunismo y la ingeniosidad personal»,¹ una influencia más individualista y local; por otro lado y desde la Corona, se trata de afianzar entre sus súbditos un amplio sentimiento de identidad, de pertenencia a una Monarquía, basado en las actitudes e ideales militares castellanos, unidos desde hace siglos a la misión religiosa y de cruzada que se lleva a cabo contra el infiel y que es, además de fuente para la salvación eterna, vehículo para obtener riquezas y ascenso social. Desde la Reconquista, «España evoca un hondo sentimiento de lealtad a

¹ LISS,
pp. 1-47.

la Corona, a la fe y a la civilización hispana como el modo de vida más propio».²

América no supone una ruptura en la mente de los hispanos, fundamentalmente castellanos, sino una continuación dentro su mentalidad medieval, una extensión de la Reconquista a otro territorio con las adaptaciones que fueron necesarias. De esta forma, aparece una nueva frontera que conserva muchos de los valores de la musulmana, es una situación peligrosa pero que ofrece grandes expectativas para los conquistadores: la posibilidad de conseguir tierras, riquezas a través de las famosas *algaras*, expediciones pequeñas y rápidas, cuyo objetivo es hacerle daño al infiel y llevarse todo lo que se pueda, y ascenso social para los más humildes.³ Pero, por otro lado, esta nueva frontera presenta una serie de características que la hacen diferente a la musulmana: en primer lugar, se encuentran en un medio que ni conocen ni dominan, son y se sienten extranjeros, a diferencia de lo que pasaba en la península Ibérica, y entran en contacto con una población pagana que no saben muy bien como catalogar (ya no se trata del odiado, pero conocido, infiel); por otro lado, los conquistadores van a gozar de una libertad sin precedentes en América, el rey pasa de ser el organizador a una simple comparsa que se encuentra a miles de kilómetros de distancia, como ejemplificó muy bien un conquistador en la frase «Dios está en el cielo, el rey está en Castilla y yo estoy aquí», así van a gozar de una libertad que en el futuro se añorará con nostalgia una vez que, con la llegada de la burocracia real, esta se cercene y se provoque el consecuente enfrentamiento;⁴ por último, los protagonistas de esta nueva frontera no van a ser los poderosos nobles, sino un grupo muy heterogéneo de aventureros que va a costearse todos su gastos con la esperanza de mejorar su situación.

Una vez que tenemos clara cuál es la herencia mental que los castellanos traen de Europa, podemos pasar a analizar más concretamente cuáles eran sus motivaciones, sus deseos o sus aspiraciones.

En primer lugar, es innegable que el conquistador era un hombre ambicioso, deseaba riquezas que sustentaran su ascenso social, la búsqueda de oro y piedras preciosas se va a convertir en una auténtica obsesión para estos hombres. De ello tenemos numerosos ejemplos en las crónicas del viaje de Juan de Grijalba o en el relato de la conquista de Andrés de Tapia: «El capitán les dijo que no quería sino oro, que en su lengua llaman taquin, e hízoles entender que les daría en cambio mercancías de las que consigo traía para tal fin».⁵ Pero es necesario dejar claro que, aunque abundan los casos de violencia, esta no siempre era necesaria para obtener ganancias y cómo, en algunos casos, hubo, por lo menos en un primer momento, un intercambio fructífero entre ambas partes. Los españoles no eran meros saqueadores o piratas, ellos iban a

² LISS, pp. 47-64.

³ CESPEDES DEL CASTILLO (1988), pp. 37-50.

⁴ BOSCH GARCÍA (1991), pp. 23-36.

⁵ Citado en YÁÑEZ (1993), p. 6.

América a quedarse, eran pobladores en el sentido medieval de la palabra: quieren fundar ciudades, construir casas, plantar y criar vida, cambiar el paisaje, crear un poder fuerte donde instalarse y dirigir ese Nuevo Mundo. Los conquistadores, una vez que había pasado la primera fase de saqueos, no sólo querían oro, sino, fundamentalmente, encomiendas que les asegurasen una buena situación económica a ellos y a sus descendientes.

Asimismo, debemos tener en cuenta que, a diferencia de lo que sucedía en la Reconquista, aquí era el propio soldado el que costeaba en mayor o menor medida la campaña, el que asumía los riesgos, era por tanto una inversión de la que se esperaba recoger beneficios. Se ha discutido mucho sobre el papel privado de estas campañas, pero yo coincido con el profesor Solano al afirmar que en realidad se trataba de empresas mixtas en las que el papel de la Corona era fiscalizar, organizar la exploración y explotación y conceder mercedes con título de legalidad a los conquistadores. Las quejas sobre el cómodo papel de la Corona, que arriesgaba poco y obtenía mucho, vienen precisamente de los conquistadores (sobre todo de los que se habían jugado mucho y no habían obtenido lo esperado) que sentían que sus esfuerzos no habían sido recompensados como se debía.⁶

El conquistador hispano va a América a «valer más» y esto no sólo significa tener un patrimonio más grande sino establecer un linaje, obtener títulos que legitimen el ascenso social que busca. Desde la Edad Media, en España se establece un pacto implícito entre el siervo y el señor por medio del cual a un servicio le corresponde una *merced* y que en América se plasma en las Capitulaciones que obligan a ambas partes.⁷ Bernal Díaz del Castillo lo deja claro cuando afirma que fue a América para «servir a Dios y a nuestro Rey y señor, y procurar de ganar honra, como los nobles varones deben buscar la vida».⁸

De este contrato y de estas esperanzas de recompensas se desprende fácilmente la enorme lealtad que los conquistadores sienten por su Rey. Cortés es un buen ejemplo de este respeto al monarca y tanto en sus cartas de relación como en sus actos podemos descubrir una sincera subordinación al monarca católico.

Unido directamente al respeto a las instituciones reales y al espíritu legalista que predominaba en la Castilla de la época, los hispanos en el Nuevo Mundo van a ser escrupulosamente legales. Quizás, el mayor ejemplo de esta obsesión castellana por encontrar una base teórico-jurídica para normar los contactos de la Corona con infieles y herejes, sea el Requerimiento.⁹ Así, encontramos a Cortés (amplio conocedor del derecho castellano gracias a sus años de estudiante en Salamanca) que para realizar con legitimidad y de acuerdo con las leyes la *translatio imperii* (el traspaso de soberanía) de Moctezuma al emperador Carlos V, prepara una ceremonia y lo recoge todo un escribano público, es la escena

⁶ SOLANO (1988), pp. 15-36.

⁷ SOLANO (1988), pp. 15-36.

⁸ BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO (1998).

⁹ WECKMANN (1994), pp. 162-174.

...todos compartían una mitología popular en la que abundaban las islas maravillosas como la de Bimini, la de las Siete Ciudades de Cibola o la Gran Quivara...

culminante de la primera conquista, la pacífica.¹⁰ Otro ejemplo lo tenemos cuando Juan de Grijalva, al comienzo de su expedición de exploración por la costa del Yucatán, toma posesión de una de las torres que se encontró de forma solemne:

El capitán subió a la dicha torre junto con el alférez, que llevaba la bandera en la mano, la cual puso en el lugar que convenía al servicio del rey católico; allí tomó posesión en nombre de su alteza y pidiólo por testimonio; y en fe y señal de la dicha posesión, quedó fijado un escrito del dicho capitán en uno de los frentes de la dicha torre.¹¹

Pero la ambición de riquezas y el ansia de gloria personal tenía varios objetivos, uno era desprender a los indios de todas sus riquezas y utilizar su mano de obra como fuente de ingresos, pero además estaba la esperanza de encontrar en este Nuevo Mundo toda esa serie de mitos que desde hacía siglos poblaban las mentes de los europeos, lugares maravillosos, personajes fantásticos, peligros y riquezas por descubrir y hazañas por las cuales pasar a la historia (quién no recordaría al que dominase a las Amazonas o al que descubriese la Isla de las Siete Ciudades), la gloria personal estaba en América al alcance de la mano.

De los castellanos que fueron a la Nueva España no todos eran analfabetos, muchos sabían leer y tenían una buena cultura, otros habían escuchado a sus compañeros esas historias maravillosas mientras viajaban o descansaban en el campamento, pero todos compartían una mitología popular en la que abundaban las islas maravillosas como la de Bimini, la de las Siete Ciudades de Cibola o la Gran Quivara, reinos espléndidos como los de Teguayo o Copala, tierras bíblicas como las de Ofir y Tarsis, en donde Salomón se proveía en la antigüedad de oro, plata, marfil, simias y pavos reales. El mismo Cortés, en su tercera carta de relación, defiende que la conquista de México no es sino un paso para descubrir la mar del Sur, donde: «se habían de hallar muchas islas ricas de oro y perlas y piedras preciosas y especiería y se habían de descubrir

¹⁰ TOMÁS Y VALIENTE [1988], pp. 165-181.

¹¹ Citado en YÁÑEZ [1993], p. 5.

muchos secretos y cosas admirables».¹²

Además, de estos lugares maravillosos, los conquistadores esperaban encontrar seres fantásticos en alguna de sus aventuras: gigantes, cinocéfalos, esciópodes, sirenas, los imántopodos (criaturas que tenían un solo pie), los scritefingi (abominables hombres de las nieves), corismapos (que vivían sólo del olor de flores y frutos por carecer de anos), dragones, enanos, ogros, hombres caudatos, unicornios y otros, aunque las estrellas serán durante siglos las terribles amazonas.¹³ Lo sorprendente es cómo los españoles van a creer firmemente en estos mitos a lo largo de siglos, como prueban las crónicas e informes en los que aparecen. Así, el clérigo Juan Díaz afirma en su expedición con Grijalva: «encontramos una muy hermosa torre en una punta, la que se dice ser habitada por mujeres que viven sin hombres; créese que serán de raza de amazonas»;¹⁴ las expediciones que se organizan en su búsqueda, como la de Nuño de Guzmán que escribe al rey informándolo de que va a partir rumbo a la provincia de Aztlán «en busca de amazonas [que] son ricas y temidas [...] comunícense cierto tiempo del año con los vecinos y [...] si lo que nace es varón, dicen que lo matan y guardan las mujeres»; o las provincias que van a recibir su nombre de estas leyendas como California o Copala en Nueva Vizcaya.

Los conquistadores, aficionados a las lecturas de libros de caballería como el *Amadís de Gaula* o el *Sergas de Esplandián* se sentían en América como los protagonistas de sus fantasías, encontraban razas extrañas, animales fabulosos, riquezas y ciudades exóticas. Irving A. Leonard lo explica perfectamente:

Para los españoles, todos los informes que respondían a sus deseos y a sus preconcebidas nociones eran dignos de creerse; así, con la imaginación inflamada por los libros de caballería, y concebidos por la aparente corroboración que los nativos daban a la existencia de los lugares encantados en el Nuevo Mundo, los rudos aventureros se insuflaban ánimos y se crecían hasta sentirse impulsados a sobrepasar los hechos estupendos de los caballeros andantes. Los sedentarios novelistas de España, Portugal y Francia no calcularon hasta que extremo serían responsables de la conquista del Nuevo Mundo.¹⁵

Otro de los pilares de la mentalidad del conquistador, y que ya hemos apuntado siquiera de pasada, son sus profundas convicciones religiosas, un sentimiento que no conviene en absoluto minimizar porque enraíza directamente con toda una tradición hispana de lucha contra el infiel, una guerra entre culturas pero también entre religiones que finalmente culmina con el éxito cristiano, señal indiscutible del apoyo directo y de los designios del único Dios verdadero. En América esta convicción se reprodujo a menudo:

Este día ya tarde vimos un milagro bien grande, y fue que apareció una estrella encima de la nao, después de puesto el sol, partió despidiendo continuamente rayos de luz, hasta que se puso sobre aquel pueblo grande, y dejó un rastro en el aire que duró tres horas largas; y vimos además otras señales bien claras, por donde entendimos que Dios quería para su servicio que poblásemos en aquella tierra.¹⁶

¹² *Cartas de relación de Hernán Cortés.*

¹³ WECKMANN (1994), pp. 48-82.

¹⁴ Citado en YÁÑEZ (1993), p. 8.

¹⁵ LEONARD (1996), pp. 45-58.

¹⁶ Citado en YÁÑEZ (1993), p. 19.

Nos movemos en una época de ansia de glorias terrenales pero también de glorias celestiales. La conquista de Canarias supuso una adaptación de esta mentalidad a la nueva realidad que se encontrarían en América, los guanches eran paganos y los cristianos tenían el derecho y el deber de evangelizarlos.¹⁷ De esta forma,

el conquistador desarrolla en Indias el mismo ideario religioso de la lucha medieval (ahora entre cristianos y paganos) en donde la operación militar es asimismo una misión evangelizadora y el conquistador es un agente religioso. La conquista es, así pues, también cruzada, y cruzado el conquistador.¹⁸

Cortés es un buen ejemplo de todo esto que estamos comentando, de hecho, durante la conquista de México, fue dominado por un ardor religioso (destruyendo ídolos o plantando cruces en los pueblos de indios), que de no ser moderado por el propio padre Olmedo, hubiera puesto de manera imprudente en peligro toda la campaña.¹⁹ La monarquía hispánica y los españoles habían sido elegidos por Dios para propagar la verdadera fe, el capitán Cristóbal de Mena lo expreso así: «No es la obra de nuestras manos, pues éramos pocos, sino de la gracia de Dios».²⁰ De esta forma se compensaba con creces en el Nuevo Mundo las pérdidas que por culpa de las herejías se producían en Europa.

Hasta ahora hemos visto cómo pensaba el conquistador hispano pero creo que es también importante que analicemos cómo se comportaba en su vida diaria. En primer lugar es fundamental, para comprender el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, tener en cuenta la enorme capacidad de adaptación al medio que tuvieron sus protagonistas. A lo largo de las crónicas encontramos numerosos ejemplos de adaptaciones al clima o a la gastronomía local; sin estas muestras de transculturación la conquista no hubiera sido posible. Buena muestra de ello fue cuando la expedición de Cortés paró en Macaca:

...donde hizo hacer cierto pan de raíces, que se dice yuca, que nacen sembrándolo en unos montones de tierra, e salen como nabos; las cuales raíces antes de ser desmenuzadas e cocidas en cierta manera, son ponzoña e tósico, e después de ralladas y estrujadas e cocidas es pan y razonable mantenimiento²¹

Coincido con la profesora Solange Alberro cuando afirma que

no es posible despreciar estos procesos de influencias culturales so pretexto de que sólo atañen a terrenos secundarios y por tanto no representativos de evoluciones realmente significativas.

Las realidades más triviales, las que interesan lo cotidiano, constituyen a menudo la primera etapa de una evolución que resulta finalmente ineludible e irreversible [...] tenemos una serie de certezas preconcebidas que nos impiden imaginar la reversión del proceso

¹⁷ CESPEDES DEL CASTILLO (1988), pp. 37-50.

¹⁸ SOLANO (1988), pp.15-36.

¹⁹ RICARD (1994), pp. 75-108.

²⁰ LAFAYE (2000), p. 28.

²¹ Citado en YÁÑEZ (1993), p. 25.

Otro de los puntos que creo que se olvida con frecuencia es el tema de la amistad entre los conquistadores. Se ha escrito mucho sobre las rivalidades y las luchas entre ellos, sobre su avaricia y su individualismo, pero no es menos cierto que el estar lejos de sus casas en un lugar muy diferente, habitado por población muy distinta, el afrontar campañas que duraban largos periodos, el pasar las 24 horas del día juntos, el sufrir los miedos y el hambre unidos, el luchar por un objetivo común, tuvo que crear fuertes vínculos de amistad entre estos hombres que se encontraban tan solos en el Nuevo Mundo. Estos lazos que se debieron crear eran, de alguna manera, reflejados (unidos a otro tipo de intereses) por el compadrazgo y el padrinazgo, auténtico elemento integrador de este grupo y que servía para establecer una fuerte red de relaciones sociales que con los años acrecentará la influencia del grupo dominante en la Nueva España del siglo XVI.²³

Esta amistad pudo verse reforzada por la conciencia de grupo que van a adquirir desde el principio. Una conciencia como grupo social que se ve a sí mismo como una nueva nobleza en América, una hidalguía que demuestran en sus actividades y posesiones (mantienen un caballo, acceden a cargos públicos como el del cabildo, tienen una casa poblada y viven situados en torno a la plaza principal, visten de una manera rica, etcétera)²⁴ y en sus relaciones personales (van a utilizar el *don* entre ellos que era un privilegio que otorgaba directamente el monarca, castigándose a aquellos que lo utilizaban de forma ilícita).²⁵ Como en toda sociedad del Antiguo Régimen, los símbolos son una parte fundamental para el mantenimiento del orden social y la jerarquía. Los conquistadores y sus descendientes van a asumir los usos y modos de la aristocracia europea con un doble objetivo: amedrentar a los indígenas y demostrar de forma visual su estatus social privilegiado. De esta manera, los encontramos formando en alardes, realizando ejercicios de destreza que al mismo tiempo los mantenían aptos para el ejercicio de las armas (la puesta en escena se podía completar con el estruendo de cañones y arcabuces) o participando en aristocráticos pasatiempos como la caza, el alanceo de toros, las justas y torneos o el juego de cañas.²⁶

Pero, además, forman un grupo de presión compacto para reclamar a la Corona el pago de sus servicios en el Nuevo Mundo. Ellos habían llevado a América unas aspiraciones feudales que chocaban con la desconfianza de la Corona y su intención de reafirmar su autoridad, en busca de un modelo político moderno y centralizador que nada tenía que ver con la edad de oro de la nobleza medieval.²⁷ Con el tiempo, muchas de sus ilusiones y esperanzas no habían sido cubiertas y surgió «la angustia, la nostalgia y el resentimiento», consideran que no han sido recompensados

²² ALBERRO (2002), pp. 10 y 13-53.

²³ WECKMANN (1994).

²⁴ SANCHIZ OCHOA (1988), pp. 81-94.

²⁵ SOLANO (1988), pp. 15-36.

²⁶ WECKMANN (1994), pp. 124-141.

²⁷ LAFAYE (2000).

como debían por una Corona injusta y conciben un sentido posesivo de la tierra que ellos han ganado para su rey, que les lleva a quejarse amargamente de cómo son desplazados por inmigrantes recién llegados de la península Ibérica.²⁸ Van a surgir peticiones y memoriales que los conquistadores elevan en busca de dones pero que tienen la importancia de que «revelan el surgimiento de una identidad criolla, de una conciencia colectiva que separó a los españoles nacidos en el Nuevo Mundo de sus antepasados y primos europeos».²⁹

De esta manera, el desengaño del conquistador, su adaptación al Nuevo Mundo, sus usos y costumbres, se presentan como el primer escalón de un proceso de identidad americana que heredarán sus descendientes y que se extenderá por la sociedad colonial para llevar, finalmente, a la independencia.

Fuentes

- ALBERRO, Solange (2002). *Del gachupín al criollo. O de cómo los españoles de América dejaron de serlo*, Ciudad de México: El Colegio de México.
- BERNAL DIAZ DEL CASTILLO (1998). *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Ciudad de México: Plaza y Janés.
- BOSCH GARCÍA, Carlos (1991). *El descubrimiento y la integración americana*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- BRADING, David A. (1993). *Orbe Indiano*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Cartas de relación de Hernán Cortés.*
- CESPEDES DEL CASTILLO, Guillermo (1988). «Raíces peninsulares y asentamiento Indiano: los hombres de las fronteras», en Francisco Solano, *Proceso histórico al conquistador*, Madrid: Alianza Editorial.
- LAFAYE, Jacques (2000). *Los conquistadores*, Ciudad de Fondo de Cultura Económica.
- LEONARD, Irving A. (1996). *Los libros del conquistador*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- RICARD, Robert (1994). *La conquista espiritual de México*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SANCHIZ OCHOA, Pilar (1988). «La conquista como plataforma de ascenso social», en Francisco Solano, *Proceso histórico al conquistador*, Madrid: Alianza Editorial.
- SOLANO, Francisco (1988). «El conquistador hispano: señas de identidad», en Francisco Solano, *Proceso histórico al conquistador*, Madrid: Alianza Editorial.

²⁸ BOSCH GARCÍA (1991), pp. 23-36.

²⁹ BRADING (1993), pp. 323-345.

- TOMAS Y VALIENTE, Francisco (1988). «Las ideas políticas del conquistador Hernán Cortés», en Francisco Solano, *Proceso histórico al conquistador*, Madrid: Alianza Editorial.
- WECKMANN, Luis (1994). *La herencia medieval de México*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- YÁÑEZ, Agustín (1993). *Crónicas de la conquista*, Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.